

El indio

Ana Indira Castañón*



legué a contar la historia de un indio azteca, que iba de boca en boca en el aliento de un pueblo, que hedía a humo grueso y tierra mojada. Quizá eso fue alucinación, las len-

guas ya no separaban la existencia de la invención, y yo aprisionado por la piel añeja dudaba de mi propia recolección. Ahora que el terror yace agazapado y sumergido en distorsiones de la memoria, me inclino a creer que soñé lo acontecido, e insisto en que la orfandad y desarraigo los ocasionó el abandono de los míos. Y es allí cuando lágrimas atiborran mis mejillas, y la

verdad esgrime por las rendijillas de mi pecho, pues ese cálido motor, la cobja fiel y eterna del amado, me alejó de las garras del olvido.

El indio era como una rareza familiar, en principio motivo de orgullo, después causa de vergüenza. Lo destruimos y arrojamos a la banalidad el especial apego que nos hacía inmunes a la decadencia. Ahora vivo en el resplandor del pueblo llorando aún lo que perdí. Mi padre narraba la leyenda acentuando las palabras en gestos magníficos de incrementada intensidad, tenía una habilidosa labia e hipnótica musicalidad, que atribuyo a su carácter hosco, imán de personas ordinarias.

El pueblo se erigió en un desierto polvoso de tierras amarillas, propenso a lluvias tempestuosas de calidad

Fecha de
recepción:

2020-07-29

Fecha de
aceptación:

2021-05-27

EN
TOR
NO

12

* Máster en Psicología. Fundadora de Book Club Coffee & Books para la comunidad de lectores de Ciudad Juárez.

nocturna y poblado de árboles secos. El estrepitoso e idóneo lugar proveyó a seis familias del gozo de la inocente libertad; vivían aislados, seguros y contentos de la eminencia de su autoridad. Y como es sabido que esas aspiraciones acarrear los celos de los dioses, al desdichado pueblo se lo apropió prontamente un espíritu proveniente del desierto.

La llegada del indio sucedió cuando mi padre tendría nueve o diez años. Contaba que cierta tarde de un día de descanso el pueblo entero se quedó sordo. Despacio y sin aspavientos las familias acertaron en convenir que la afección habíase propagado por igual, pero la súbita pérdida de la audición acarreó sospechas y la natural incomodidad se transformó en pánico. Absortos en las orejas de los otros componían líquidos y ungüentos, otros aguardaban la espontánea sanación y el atípico de mi padre insistía en traer al médico de Tépula. Rendidos por fútiles intentos y dispuestos a aplazar la cura, a mitad de la noche oyeron la repercusión de ecos sobrenaturales que figuraban ser las pisadas ascendentes de una criatura sobrehumana.

Urgió los actos el suplicio de los azotes que incapacitó a los pueblerinos. Fiándose de sus ojos desacostumbrados a la oscuridad, amalgamados en uno exploraron los caminos terregosos, guiados y torturados por el sucesivo tambor. Hallándose en el vértice de la última casa al borde del pueblo cesó el golpeteo. Allí, de pie entre sombras, esperando la comitiva posaba la silueta

incólume de un indio penachudo y tres bestias de brillantes ojos. El indio dio a entender que era la causa y remedio de la pérdida de la audición; alzó una gallina, le rompió en un santiamén el cuello, la colgó del cinturón, y se retiró ominosamente al desierto en ecos distantes.

En principio la ofrenda consistía en diversas cazas: conejos, becerros o venados. Las indagaciones en Tépula dejaron impresiones de que en el pueblo se veía un indio, aunque el secreto de la tradición permaneció virgen. La belleza del hábito fructífero les provocó sutilezas tradicionalistas, y la verdad implícita les otorgó honores de siervo fiel, añadidos adornos y cursilerías en favor de su propia gloria. La superstición les hizo creer que el beneficio o favor del indio se obtenía según la calidad de la ofrenda y cada familia confeccionó en adelante lo suyo. En mi mocedad la tradición ya pertenecía a una especie de consabida y respetuosa ceremonia que se repetía en lapsos variables.

Si bien mi padre presencié la primera aparición, yo presencié la última. Por lo regular, mi madre me mandaba a casa de la abuela los días silenciosos; entonces sabía que tendría que conformarme con el cuento distorsionado de bocas vanidosas, o peor, de las historias de vecinillos locuaces revestidas de exageración. De estos vestigios me figuré un indio negro, de olor a almizcle, y un trío de perros negros idénticos y rígidos. Si no coincidía a las habladurías, es porque la imagen obedecía a la leyenda de mi padre y el



sello hubiera perdurado de no haberlo visto tan cercanamente.

El indio se veía venir al caer el Sol, cruzaba el desierto en larga procesión acompañado de tres perros de inhóspita voluntad humana. La lejana polvareda servía de efecto místico, detenía el curso de las ideas y hería el corazón gentil de propósitos divinos. Los tres perros le servían de extensión al indio, expulsaban de sí las facetas del carácter de aquel, de forma que el indio exhibía aparente inocuidad. El líder de los perros era el colorado, bastante flaco y ligero, de pelaje corto, grasiento y tintes de sepultura. Abrazaba el emblema de la locura, lo impredecible y lo maniaco, forjado en sus ojos saltones, asimétricos y desviados, que poseían de temor al espectador. Aún siendo el de menor tamaño era el que daba más miedo.

El fiel perro negro era el segundo en mando, la enorme bestia de ojos pequeños, patas cortas, hocico amplio y desmedido, que imponía el orden a través de la ofuscada y magnífica fuerza.

Rezagado los acompañaba el refunfuñado gris pariente de lobo, de pelaje dispar, largo, corto, e islas de piel roja. El cuerpo tenía una inclinación a la izquierda, y quizá para no caer, el rostro la ladeaba a la derecha. Los ojos blancos empañados de profundas cataratas no contenían la evidente amenaza. De las puntiagudas orejas sólo una se mantenía firme, y del prolongado hocico de encía negra ascendían únicamente dos torvos colmillos. El dañado animal, enfermizo y decrepito,

la seña de la peste, me impresionó incluso sobre el indio. Me aterrorizó la cadencia torcida que me incitaba a inclinar mi cabeza con la suya, aunado a la ciega maldad de su vejez.

El indio no era alto, sino que el penacho lo elevaba un metro, de piel púrpura cocida en las brasas del desierto y expresión inauditamente profética. El místico ser, soberbio, exquisito e inverosímil, tan sencillo de adoración por motivo de nuestra soez proveniencia, nos dio en su presencia el conocimiento que no habríamos jamás de aprender en anaqueles de suposición. Los miedos ocultos afloraban ante la efigie inhóspita; recuerdo que el mío fue ser devorado por el perro gris. Sometido a él observé quieto y distante, temiendo lo inevitable.

En compañía de la abuela no existía aprensión en la expectativa, los viejos son inmunes a las santerías. En la espera tejía indiferente y yo jugaba a las cartas; los días en aquel hogar los grabé como habilidoso escultor en la memoria y aún sonrío de la sencillez de nuestra alianza. La abuela disponía siempre de un almacén que lucía sobre la mesa para darme paz. Esa tarde comíamos naranjas, yo todavía algo trémulo en rápido vaivén oscilaba de la ventana a la abuela, de la intranquilidad a la calma.

La llegada traía silencio, nos atosigaba la alfombra de quietud y nadie se atrevía siquiera a elevar susurros, cuanto más crespó solía aparecer inminente la visión del indio. No sabría puntualizar el segundo en que los ac-

tos y las voces detenían el curso, era noción compartida. Mi abuela y yo nos extinguíamos, el instante quedaba en pausa, el tiempo indefinible, y desde la existencia en la nada, nos llegaba el canto de un pajarillo lejano, el frágil aterrizaje de un grillo, la brisa por las rendijas de la fachada o el claro y leve rumor de vida. Solamente que en esta ocasión acogimos un rumor distinto, una queja triste y gran pesadumbre.

La noticia arribó de boca de la vecina. El indio había visitado a doña Elena, los hijos menores divisaron el penacho desde los árboles secos del otro lado del terreno, y presurosos fueron a dar aviso a la familia, pero el indio inhumanamente veloz llegó antes. Doña Elena desafortunadamente, poco ataviada a la ocasión, prendada al tendero removía la ropa sin ocuparse de nadie. La noche anterior hubo tormenta y en un descuido, doña Elena dejó los atuendos del señor y los seis hijos colgados en el patio, recién tallados en la roca y traídos del río dieciséis idas y dieciséis vueltas. Al anochecer, sin ninguna razón aparente la familia experimentó la imperiosa necesidad de dormir, cenaron atole con tortillas, y durmieron vestidos. Doña Elena quedó rendida en extraña pose, en la silla donde se quitaba las enaguas.

El estadillo de un trueno despertó bruscamente a doña Elena, del sobresalto cayó al suelo, y antes de ser seducida de nuevo por el sueño, el olor a tierra mojada y los azotes del viento la trastornaron. Ordenó a sus músculos reunir fuerzas para correr y a trompi-

cones logró llegar al patio. En la oscura tempestad las prendas danzantes se sacudían vertiginosas en el alambre, las telas arremolinadas subían al cielo, los vestidos yacían regados en el lodazal y las camisas sostenidas por las ramas de los árboles secos o detenidas por los clavos y astillas de la madera se batían como banderas.

La conmoción de doña Elena escapó de su control e intentó salvar los ropajes, haló los trapos del alambre con inusitada enjundia que a estos le brotaban hilitos enganchadores, se enredaban tercios en sí mismos o el viento los clamaba para su posesión. Sucia, adolorida y cansada se desplomó varias veces, las piernas débiles poco servían para sostenerse y exhaustos los brazos languidecían. Al terminar la titánica faena, tumbada en una silla ante el cúmulo de ropa húmeda y sucia, en visible congoja todavía extendió lo rescatable antes de dormir.

En la madrugada, doña Elena ya estaba en el río, talló nuevamente la ropa y dio diez rondines de lado a lado. A causa del exacerbado cansancio olvidó al mentado indio, la superstición y las sienes sobre ella. Como presagio maldito el perenne indio aguardó estático; apenas por el visillo del ojo doña Elena reconoció el penacho y la piel rojiza, por poco pierde el equilibrio y la potestad de su alma. Incauta trató de salvaguardar la dignidad, enderezó la postura y manióbró una leve y torpe reverencia antes de retirarse a retribuir la ofrenda. Sufría de un desenfrenado temblor, el pánico y dolor abrían el telón de sus ojos dora-



dos, y las manos pretendiendo ser sostenidas de cada una jugaban a la inquisición.

Por maldición, doña Elena halló la ofrenda en el suelo, que había caído a causa de las ventiscas de la noche, la cubría tierra seca, las frutas yacían magulladas, los alimentos desparrramados y el cristal de la leche roto. En espanto quiso gritarle a la familia, acallando su espíritu la dogmática escena, los hijos menores ya le habían anunciado al resto, y muy póstumos y dignos formaban una línea. Doña Elena levantó la canasta, la sostuvo en alto estirando los brazos y en postura ridícula marchó en parsimonia.

Resignada, anhelaba el final del episodio, ofreció la ofrenda y rezó. El indio inquisitivo la examinó severamente por eternos minutos, a continuación, arrojó palabras incomprensibles, convulsionó en espasmos y los ojos le tornaron blancos. Doña Elena sufría, veía caer sobre sí las injurias del universo; azotándose por la mala suerte maldecía y rezaba a la vez. Repuesto, el indio descansó la mano sobre el brazo izquierdo de doña Elena. El fuego la traspasó y un peso inconmensurable la oprimió tanto que hasta creyó caer. El indio asintió agradecido, tomó la ofrenda y se internó en el desierto. La abuela y yo oímos anonadados y aliviados, perdimos el deseo de continuar de ordinario, y del ensueño despertamos a nuevas más funestas. La vecina anunció la verdad lacónicamente. El brazo izquierdo de doña Elena se secaba, se convertía en pellejo azulado y se adhería a los huesos.

El silencio ocupó los espacios, susurros flojos zumbaban en el aire contenidos por la angustia. Convertidos en lagartijas íbamos a escondidas por los senderos fundidos a los muros. En calidad de espías vigilábamos a los grandes; la comidilla era el brazo infame de doña Elena, aunque no el usual rumor de sorna, sino un rumor compartido de odio. Por primera vez, intuíamos la amenaza del indio, los rituales emergían como obligados pretextos de sumisión, y el antepasado sentimiento de honor nos ahogó de fingimiento y esclavitud. Será que la sumisión suele tener ese gusanillo inmortal de la vergüenza que lanza ídolos al fuego en la rebelión.

Doña Elena estuvo en cama tres días, la familia no recibió a nadie y a los visitantes los despedían amables; estragos del honor de la visita. Afanosa, doña Elena dejó la cama: las tareas domésticas y seis hijos exigían atención, y fiel a su condición atinó a recuperarse. Quiso lavar y el pensamiento del agua le evocó náuseas, quiso barrer y alejó la escoba furiosa, quiso cocinar y la repulsión por el estéril pellejo azul le quitó el apetito. Por cada fracaso impelido por el inútil y repugnante brazo, mudó de la inquietud a la furia. Sin consciencia la faz de aquella se contorsionó permanentemente, repleta de la amarga injusticia que evoca el odio.

La vecina la visitó en este estadio y sin disimulo admiró la esquelética extensión.

- ¿Qué piensa hacer?

- ¿Qué se puede hacer?, increpó desafiante doña Elena.

El marido, que las oía desde el catre del cuarto, respondió.

-Si es hombre se puede matar.

-Es animal como sus tres perros, dijo doña Elena en tono agrio.

En súbito acuerdo surgió la solución. El hijo mayor, que llegaba con dos cazas de conejo bajo el brazo, añadió.

-Vamos afuera, padre.

Doña Elena abrazó el inmenso orgullo que perduraría hasta el final de sus cortos días.

El domingo fue el desfile de hombres a Tépula, el polvo apagado de los caballos hacía contraste a la polvareda alucinante del indio, iban por grandes cantidades de veneno: líquido, en polvo y en bolitas. En rebeldía contra el ritual de hermetismo y segregación, en anticipación al arribo de indio, las mujeres se reunieron para elaborar los alimentos de la ofrenda, pues la confección requería diligencia y celo. La convivencia en tiempos inciertos, en que el canto de los pájaros y el silbar del viento ya habían sido desterrados, nos contagió de regocijo y libertad, y nuestra voz sacrílega alivió el miedo y la opresión. De cautelosos ratones a estrepitosas bestias, el barullo adquirió el estallido de la fuerza, que prosiguió a burla y a desdén, cualidades que nos ungieron de poder, y redujeron al indio a despreciable intruso.

La creatividad de las mujeres se expresó en abundancia, la invención crecía con el desprecio, el veneno se

añadió a los guisos, la leche, el maíz, la cerveza... Cada una se ingenió dónde, cómo y en qué cantidad agregarlo; la ofrenda se volvió desproporcional. La irreal tertulia de risas y carcajadas arrancó de lo íntimo la sangrienta sed de venganza, y si el veneno no surtía efecto, tanto mejor, lo cortarían en pedazos y alzarían una gigantesca hoguera para quemarlo. Los hombres discutían la naturaleza del indio y formas explícitas de asesinarlo; nosotros ensañados nos preguntábamos qué haríamos con lo que quedara de él: un mechón de pelo, un dedo o hasta una uña.

Mi madre decidió que debía quedarme a su lado esta ocasión. Lamenté el hecho de abandonar a la abuela, aunque también ambicionaba conocer al indio. En la madrugada me abrumó la tensión y quietud premonitoria que intentamos ahogar el día anterior. Mi madre hacía un ajetreo en la cocina, no desayunamos y me dolía la panza, así que iba y venía sin oficio a la cocina. Me frenó la mirada enojada, porque casi nunca despedía frialdad y aquel día andaba fuera de sí. Mi padre aislado en el techo y mis hermanos fuera, me dediqué a contemplar detenidamente el desierto.

El crujido de las vigas nos anunció la llegada, sentí un escalofrío, busqué a mi madre y la encontré de espaldas a la ventana; me animé a salir. En el lejano horizonte avisté el remolino de tierra y la procesión del indio, el corazón me latía rápido, oía los latidos tan fuertes que tapé mis oídos. Conforme el indio se acercaba, el sudor de la



frente y el frío de mis manos se intensificaba. Quería decirle a mi madre que abandonara las proezas de venganza y huyéramos a casa de la abuela. Pronto pasó de punto incierto a distinguible autoridad. A mi pesar, no siguió de largo, sino que se detuvo en nuestra casa. Olvidé a mi familia y presto a la tradición me coloqué frente a la casa muy derecho, atormentado por la imagen del brazo azul.

Mis padres a mi izquierda, rígidos y valientes me instigaban el falto valor, y mis dos hermanos mayores, cuales gárgolas me protegían. Sostenía mi madre una extraordinaria ofrenda, adornada de listones, velos y flores. El indio tomó la ofrenda, se oyó un ensordecedor disparo, y el pecho del indio explotó. El hijo mayor de doña Elena sujetaba la escopeta humeante desde la casa vecina, al mismo tiempo que de las esquinas surgían hombres y mujeres de perturbadora mirada, sosteniendo antorchas en progresiva iluminación. Mi padre veloz amarró los pies del indio, lanzándole la cuerda a doña Elena, que jineteaba un caballo negro. Por el atroz y fulminante rayo de fantasía que me embargaba, la vi alta, joven y hermosa. Levantó al animal en dos patas y en sumo orgullo se alejó cabalgando, llevando consigo al indio.

Reunidos en el terreno de árboles secos, expuso doña Elena el cuerpo sangriento del intruso. Yo, como curioso animal contemplaba lejano, los hombres satisfechos de su grandeza, en especial el marido de doña Elena, que machete en mano cortó de un tajo

la cabeza del indio; cuchillos y picos se ocuparon del resto. Inauguramos una colosal hoguera, lanzamos leña y nos divertimos dando saltos y bailando. Doña Elena fue la primera en quemar algo de él: ensartó el brazo izquierdo del indio en un pico y lo asó lentamente. Celebrábamos los crujidos de las llamas, el olor de la carne quemada y el vertical humo.

Una vez ennegrecido el brazo, doña Elena se marcó de cenizas la frente, las mejillas y la nariz. A forma de señal cada cuál cortó pedacitos de alguna extremidad y los lanzó al fuego, saboreando la extinción del indio. Dejamos al final la cabeza, cada uno la admiró sin prisas, la pasamos entre nosotros sosteniéndola por el pelo largo, la pateamos, magullamos y arrojamos al fuego. La noche mágica nos liberó, como regalo glorioso la Luna llena emergió e iluminó la velada y agradecidos aullamos eufóricos. Matamos un puerco y una cabra, y en éxtasis bebimos, comimos y bailamos.

Nadie despertó los siguientes días, al abrir los ojos yacía en la tierra la hoguera extinta a mi lado y alrededor cuerpos inertes. Todavía se vislumbraban los despojos del festejo de Luna llena; la soledad sofocaba el ánimo. Presa de un gran terror me obligué a ponerme de pie y regresar a casa. Encontré el lugar desolado, las puertas regidas por la tenacidad del viento, la tierra acumulándose dentro y la cocina repleta de fétidos olores. Mis ojos cansados intentaban acomodarse a la visión, cuando por la apertura al patio,

la mirada fija en mí y gruñendo descubrí al torcido perro gris. Quise gritar, pero ninguna voz salía de mi boca. Fui a donde descansaba mi madre y la encontré dormida, no la pude despertar, estaba fría. A mis hermanos los hallé atiborrados de moscas. Del horror escapé por la precoz autoridad de mis piernas. Atolondrado y desorientado avancé por los caminos ojeando el interior de las casas, y huyendo de los inmóviles vecinos.

De forma gratificante escuché sonidos en casa de doña Elena. Esperanzado me asomé: allí estaban los dos perros comiéndose el cuerpo de doña

Elena. Asustado corrí sin rumbo, por mi excitación tropecé con un bulto, en el que luego distinguí las facciones pálidas de la abuela. Lloré y tallé mis ojos con las manos polvosas, no sé cuánto tiempo. Me acordé ya tarde de mi padre, volví a casa decaído, inmune a los muertos. En el techo encontré al viejo recostado, apático, con un cigarrillo en la mano que se consumía al viento; me miró y sonrió lejano.

- No nos molestarán más.

- ¿Qué?

- Olvidaron el veneno en las ofrendas. 



Martha Legarreta: El vigía, 2013.

EN
TOR
NO